

Tratado cuarto

En el que cuenta cómo se vio en una situación que muchos otros le envidiarían

Era la orden de ingreso en el Ejército para cumplir el servicio militar.

¡Tiempos aquellos en que la nación confiaba su defensa a la valentía de sus mozos!, ¡en que elegía por sorteo a quienes, de entre los jóvenes, tendrían el honor de verter su sangre generosamente por el solar patrio! O algo así era la frase.

Al leer la sucinta comunicación, casi me hiqué de rodillas para dar gracias al Cielo. Porque cosa de la Divinísima Providencia era, sin duda, que, después de que se me cerrara el camino de la filantropía, ahora se me abriera aquella otra ruta castrense para alcanzar la gloria según la entendía mi abuelo y a mí me la había hecho desear. Pues si en ella Dios y patria, patria y Dios, venían a ser lo mismo, tanto montaba entonces enaltecer su nombre a limosna suelta como a tiro limpio.

El día señalado en la convocatoria me amaneció a las puertas del Gobierno Militar, que era donde me habían de adjudicar destino. Aguardaba yo expectante, el primero de una fila inexplicablemente perezosa, a que abrieran el portón. Tenía junto a mí un hato hecho con mis escasas pertenencias, y en una caja mis numerosos libros.

Cuando al fin abrieron apreté a correr y, con una buena ventaja sobre los demás, me precipité en la Caja de Reclu-